LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 31 DE MARZO DE 1890 — NUM. 431

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JESUCRISTO EN EL MONTE OLIVETE, cuadro de E. K. Liska, grabado por Bong

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *El Magnificat de la Virgen*, por don Emilio Castelar. – *Un libro viejo*, por D. Juan Roa. – *El haz de espliego*, por D. Carlos Edo. – *Conflicto con el Dahomey.* – *Noticias varias.*

Grabados. – *Jesucristo en el monte Olivete*, cuadro de E. K. Liska. – *Las santas mujeres en el camino del Calvario*, cuadro de Alois Delug. – *Madona*, cuadro de Rafael Sanzio. – *¡Pietá!* cuadro de Hans Tichy. – *La Virgen y los Santos*, cuadro de Andrea del Sarto. – *Sor Filomena Ferrer*, busto modelado por su hermano D. Felix Ferrer. – Suplemento Artístico: *Vista panorámica de Jerusalén.*

NUESTROS GRABADOS

JESUCRISTO EN EL MONTE OLIVETE

cuadro de E. K. Liska, grabado por Bong

Recordemos las palabras del Evangelio de San Lucas: «Y en saliendo, se fué, como solía, al monte de las Olivas. Y le fueron también siguiendo sus discípulos. Y cuando llegó al lugar, les dijo: Haced oración para que no entréis en tentación. Y se apartó él de ellos como un tiro de piedra y puesto de rodillas oraba, diciendo: Padre, si quieres, traspasa de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad sino la tuya. Y le apareció un ángel del cielo que le confortaba. Y puesto en agonía oraba con mayor vehemencia. Y fué su sudor como gotas de sangre que corría hasta la tierra.»

Inspirándose en estas palabras de la Biblia, ha pintado E. K. Liska el cuadro que reproducimos: sólo hay en él una figura pero ¡cuán grande es! ¡Cómo atrae y cautiva el divino Redentor! ¡Cómo interesa y conmueve su hermoso rostro que destaca sobre luminosa aureola y en cuyas facciones se retratan toda la congoja, todos los sufrimientos morales de que nos habla el Evangelista! Si de estas bellezas hijas del sentimiento pasamos á observar las de ejecución, no podremos menos de convenir en que la actitud de Jesús, el ropaje que cubre su cuerpo, la tierra sobre que descansan sus brazos, el monte que á un lado se alza, el estrellado firmamento que en el fondo se descubre y tantos otros detalles puestos de relieve en el hermoso grabado de Bong están tratados de una manera magistral.

E. K. Liska nació en Mikulovic (Moravia) en 1852 é hizo sus estudios en Praga y en Munich; en 1884 emprendió un viaje á Italia y desde 1887 es profesor de la Escuela de Artes y Oficios de Praga. Ha pintado gran número de cuadros religiosos, entre ellos *Agar é Ismael* y *Caín*; su obra de más empuje y una de las mejores que su pincel ha producido fué la que llevaba el título de *Los espectros de los cristianos asesinados se aparecen al emperador Maximiano* y que un incendio destruyó casi por completo en la capital de Bohemia donde había sido expuesta.

LAS SANTAS MUJERES EN EL CAMINO DEL CALVARIO, cuadro de Alois Delug

En la Exposición de obras de arte de todas las naciones, de Munich (1889) llamó mucho la atención el cuadro de Delug que representa á las Santas Mujeres en el momento en que trasponiendo un recodo del camino del Calvario se ofrece á sus ojos Jesús agobiado por el peso de la cruz y seguido del cortejo de sus crueles verdugos.

El interesante grupo formado por la Santísima Madre desfallecida y sus santas acompañantes, en cuyos rostros se reflejan el espanto y el dolor, tiene un movimiento dramático de primera fuerza, la figura del Redentor revela la postración causada por los más terribles tormentos y la amargura que su rostro expresa se halla dulcificada por el sello de divina resignación; el cielo cubierto de negras nubes contribuye á dar á la escena un tinte de horror y de tristeza y el agreste paisaje armoniza perfectamente con el sentimiento que en todo el cuadro domina.

El joven pintor austriaco ha demostrado con esta obra poseer envidiables dotes que hacen esperar para él un brillante porvenir.

MADONA, cuadro de Rafael Sanzio

Algunos críticos han encontrado en Rafael falta de originalidad en la elección y de variedad en la reproducción de tipos femeninos, censurándole, hasta cierto punto, porque sus Vírgenes, sus santas, sus mujeres, en una palabra, se parecen unas á otras y todas á las de sus maestros Perugino y Pinturicchio primero, y Leonardo de Vinci y Fra Bartolomeo después, pues hay que notar que los tales censores además de poco original califican á Sanzio de inconstante.

No es nuestra misión, ni nuestro ánimo apoyar ni combatir á los que de tal suerte opinan; pero séanos permitido preguntar á nuestros lectores, después de aconsejarles que se fijen en la *Madona* de este y en otras obras de Rafael que en anteriores números hemos publicado, qué efecto produce en ellos la contemplación de tales creaciones; y como su contestación sea la que suponemos y su juicio coincida con el de tantas generaciones como se han sucedido desde los tiempos del de Urbino hasta nuestros días, ¿qué nos importarán los pretendidos defectos del inmortal pintor si, caso de que existan, tienen á su lado tantas y tantas excelencias que nadie ha podido ni de cien leguas imitar?

Las Vírgenes de Rafael podrán ser semejantes entre sí y parecerse á las de los grandes maestros italianos (lo cual no estimamos, ni mucho menos, como defecto), pero ¿cuántas Vírgenes de otros pintores han logrado parecerse, ni de lejos, á las de Rafael?

¡PIETÁ! cuadro de Hans Tichy

(Primera Exposición de obras de arte de todas las naciones Munich 1888)

Cuando se celebró en Munich la primera Exposición de obras de arte de todas las naciones, díjose por algunos que el cuadro *¡Pietá!* ofrecía una mezcla de naturalismo y de idealismo que no satisfacía ni á los entusiastas de la moderna escuela ni á los que sólo se extasían ante las sublimes concepciones de los maestros del siglo quince.

Pero á pesar de esta censura relativa, como de todas suertes los mismos rigoristas reconocían grandes cualidades en el cuadro, éste llamó la atención de cuantos lo vieron y mereció no pocos elogios del público y de la prensa profesional. En presencia del grabado que reproducimos nos explicamos más éstos que aquélla, pues aun cuando las figuras del Redentor y de algunos santas mujeres, sobre todo la que abrazada á las piernas de Aquél sepulta entre ellas su rostro (suponemos que será María Magdalena) son, quizás, sobrado humanas por la factura y por la expresión, en cambio la Virgen y las otras santas llevan en su rostro y ostentan en sus actitudes todo el sabor religioso que para este género de pintura se requiere y el lugar en que la escena se desarrolla tiene carácter y contribuye á la excelente impresión del conjunto.

En suma, Hans Tichy se ha dejado influir por el medio ambiente realista en que vive, pero no ha querido romper del todo con las tradiciones del idealismo cristiano. ¿Es censurable ó digno de loa este eclecticismo en pintura? Resuelvan esta cuestión los que á la verdadera crítica se dedican: por lo que á nosotros toca, no hemos de juzgar el principio sino los resultados y en este sentido hemos de prodigar nuestro aplauso al conseguido por el pintor austriaco.

LA VIRGEN Y LOS SANTOS

cuadro de Andrea del Sarto

(Existente en el Museo de Berlín)

Este precioso cuadro, obra maestra del ilustre cuanto malogrado pintor florentino, ha tenido una historia sumamente accidentada.

Después de varias vicisitudes, el lienzo que Andrea del Sarto había pintado en 1528 para un altar fué á parar á la colección de Juan Lafitte, el banquero de Luis Felipe, siendo adquirido en 1836 por el Museo de Berlín. En 1867 una lamentable restauración llevada á cabo por Stubbe pareció haber destruído para siempre tan admirable pintura cuyas bellezas desaparecieron bajo las pinceladas de ese artista. Ya se daba por perdida para la historia del arte esa preciosa joya cuando el famoso restaurador A. Hauser emprendió en 1888 una nueva restauración, ó mejor dicho, la difícil tarea de borrar lo que Stubbe había pintado, consiguiendo después de varios ensayos y de grandes y pacientes trabajos volver el cuadro á su estado primitivo.

Adviértese en esta obra del discípulo de Leonardo de Vinci, de Miguel Angel y de Fra Bartolomeo la influencia que estos maestros ejercieron sobre Andrea, y admíranse en ella ante todo y sobre todo la bellísima agrupación de las figuras que forman una gradación interesante hasta llegar á la Reina de los Cielos y en las cuales hay vida y movimiento. En cuanto al dibujo, el grabado que reproducimos nos permite formarnos una idea de su perfecta corrección, y por lo que al color hace, baste decir que Andrea del Sarto es considerado como el primer colorista de la escuela florentina.

SOR FILOMENA FERRER

busto modelado por su hermano don Felix Ferrer

Fué Sor Filomena religiosa del convento de monjas mínimas descalzas de Valls (Tarragona), en donde entró de novicia á los diez y nueve años. Modelo de virtudes y dedicada á continuas penitencias y mortificaciones, murió en olor de santidad en 13 de agosto de 1868 á la edad de veintisiete años, dejando una colección de escritos de elevada teología y admirable estilo.

Su hermano, autor de las obras escultóricas *La Purísima Concepción* y *Roger de Lauria* publicadas en el número 425 de esta Ilustración, queriendo que la imagen de Sor Filomena se perpetuara, modeló en la misma celda que habitó la religiosa el hermoso busto que reproducimos. Bien puede el Sr. Ferrer estar orgulloso de su obra, en la que la más inspirada espontaneidad corre parejas con la corrección más intachable.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

VISTA PANORÁMICA DE JERUSALÉN

El eminente Chateaubriand, en su *Itinerario de París á Jerusalén*, describe esta ciudad en los siguientes términos:

«Vista desde el monte de los Olivos, al otro lado del valle de Josafat, Jerusalén presenta un plano inclinado sobre un suelo que desciende de Poniente á Levante. Una muralla almenada, fortificada con torres y con un castillo gótico, cierra por completo á la ciudad dejando fuera, sin embargo, una parte de la montaña de Sión que antes quedaba dentro de ella.

»En la región de Poniente y en el centro de la ciudad, hacia el Calvario, las casas están muy apretadas unas contra otras; pero por el lado de Levante, á lo largo del valle del Cedrón, vense espacios vacíos, entre otros el recinto en cuyo centro se alza la mezquita construída sobre las ruinas del templo y el terreno casi abandonado en donde se levantaban el castillo Antonia y el segundo palacio de Herodes.

»Las casas de Jerusalén son pesadas masas cuadradas, muy bajas, sin chimeneas ni ventanas y terminadas en azoteas ó en cúpulas, pareciendo más que casas cárceles ó sepulcros. Todo ofrecería á simple vista un nivel igual si los campanarios de las iglesias, los minaretes de las mezquitas, las copas de algunos cipreses y los macizos de nopales no rompieran la uniformidad del plano. Al ver esas casas de piedra encerradas dentro de un paisaje de piedras también, el viajero se pregunta si no son aquellos los monumentos confusos de un cementerio emplazado en medio de un desierto.»

La ciudad de Jerusalén está hoy dividida en cuatro barrios: el de los judíos al Oeste de la colina de Sión, el de los armenios al Este, el de los cristianos sobre la colina de Acra al rededor del Santo Sepulcro y el de los musulmanes en el monte Morlah, alrededor de la mezquita de Omar. Estos distintos elementos viven bastante aislados unos de otros, los musulmanes recordando con dolor que su profeta Mahoma quiso en vano hacer de Jerusalén el centro de su nueva religión, los armenios aferrados á sus antiquísimos ritos, los judíos esperando al Rey que ha de poner fin á la opresión y dispersión en que vive su pueblo y los cristianos adorando la tumba del Redentor, de cuyo lado no han sido bastantes á arrancarles todas las persecuciones, despojos y malos tratos de que los infieles les hacen objeto y á los cuales no oponen otras armas que la fe, la resignación y la caridad que en aquellos mismos lugares predicó Jesucristo con su divina palabra y con su hermoso ejemplo.

EL MAGNIFICAT DE LA VIRGEN

Después del ángel, á quien Dios confiara el ministerio de su Anunciación santísima, el primero entre los seres á reconocer y pregonar el Redentor y la redención, fué Isabel, como que debía parir al Bautista. La primera manifestación del esperado triunfo y del advenimiento de un Mesías, por ambas mujeres ya conocido, fué la viva confianza y seguridad en las celestiales promesas. A tal fe viva debe atribuirse aquella intuición maravillosa, por la que adivinara con tal certeza cuanto iba el mundo á presenciar en lo sucesivo. Así es que un sentimiento de divina exaltación la sobrecogió, viendo acercarse, tan modesta y humilde, á ella la madre divina del Salvador de los hombres, y la bendijo antes que la bendijeran y adoróla con verdadero culto antes que pudieran adorarla todas las venideras generaciones, diciéndole: Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. Entonces vió pasar Isabel en su memoria todas las profecías y á su vista el cumplimiento realizado en aquella hora sublime. Colocada entre un ocaso y un alba, entre la edad antigua que acababa y la edad moderna que amanecía, con razón atribuye á la fe viva el cumplimiento de todo lo anunciado en aquella prolongadísima sucesión de siglos y de profetas. Bienaventurada la que creyó, dice, porque se cumplirá todo cuanto le anunciaran de parte del Señor. Tal palabra resume toda la historia del pueblo escogido. Podría ser mucha esa vulgaridad irremediable, con que le dan en rostro sus eternos enemigos; mucho ese cruel egoísmo que le llevó á guardar el carácter de tribu y á no adquirir el carácter de nación, aun después de amasados veinte siglos seguidos con todas las naciones modernas; mucha la empedernida ingratitud en su pecho y el aislamiento á que lo condenaban sus celos y sus recelos de todo el mundo: la fe viva en un ideal de justicia le alza hoy mismo entre todos los pueblos y hace que su Dios tenga los viejos altares y la nómada tienda del desierto en los templos donde rezan los pueblos cultos; y sus profecías y sus salmos, todas sus letras, resuenen á una en los oídos nuestros con igual veneración que cuando se dictaron; y el estudio y las meditaciones sobre su libro único sean el alimento intelectual y moral de todas las conciencias que brillan con verdadera luz y despiden verdadero calor en los infinitos cielos del espíritu. Isabel resumió en sublimes palabras toda la fe y toda la esperanza de su pueblo al decir que se realizaban las viejas profecías.

¿Y qué diremos del Magnificat, con cuyas estancias responde á Isabel María? El cántico gregoriano tiene sobre mí un especial influjo. Las monótonas salmodias, con que acompaña el coro eclesiástico en las iglesias una letra de tanta tristeza, como los versículos del Miserere, hanme conmovido más que las estancias sublimes de Allegri, aunque las haya oído entre los profetas y los titanes de la Sixtina, tronando y maldiciendo. Pues creo que ninguno de cuantos compositores han trazado misas de Requiem llevó nunca jamás en sus cadencias un escalofrío como el que despiertan en los ánimos piadosos las estrofas sublimes del Dies Iræ. Yo creo escuchar el ruido que hacen las losas de los sepulcros cayendo y levantándose á una sobre los abismos, así como el resuello primero de los muertos resucitados al recoger en sus cóncavos pechos el aire de la vida y su terror al tener que presentarse todos sobre los escombros de un desquiciamiento universal en presencia del Supremo Juez para oir el postrero inapelable juicio. Pues el Magnificat produce un efecto contrario. Diríais que oís cántico de triunfo. A sus cadencias la esperanza entra en el pecho, se impulsan con celeridad los movimientos de la sangre como á un aire muy oxigenado y por ende muy puro. En Valencia, en aquellas festividades tan hermosas de nuestras iglesias, cuando, poco antes de la procesión, repicando á vuelo todas las campanas en regocijo continuo y encendiéndose todas las luces como estrellas por la noche, le alza el coro á los cielos, ante la Virgen, ornada de pedrería, cuyas facetas producen chispas de colores y puesta sobre las andas y peanas de ángeles alados y nubes argénteas, revestidos por sus dalmáticas, al són de los órganos que animan las piedras y al aroma de los incensarios que azulan los aires, este Magnificat cantado por voces innumerables parece siempre el acento de una grande y alegre pascua, difundiendo felicidad y alegría por traernos al corazón y á las mientes una seguridad completa en la feliz consumación de los tiempos. Lo he dicho muchas veces y lo renuevo ahora. El Magnificat me ha parecido de antiguo el cántico de la república cristiana, y, por tanto, de las repúblicas varias, que fundaron en varias coyunturas históricas los ciudadanos de nuestros libres y democráticos municipios; los trabajadores que levantaron esas ciudades itálicas, en cuyas frentes ardieron las llamas del ideal progresivo; los montañeses que difundieron por las laderas de los Alpes la simiente de una democracia que ha purificado de muchas manchas á Europa y guardado un germen de progreso bajo las dos alas de su espíritu; los cristianos que alzaron en Holanda un verdadero santuario á la razón y á la conciencia libres; los puritanos de Inglaterra, los cuákeros de América, los apóstoles de la libertad universal. ¿Y en quién podríamos personificar mejor, en qué simbólica, esta forma de gobierno tan hermosa, erigida sobre nuestros errores y nuestros males, que en esta Virgen Madre, la cual ciñe á las amplias sienes suyas el esplendor de todos los ideales, y quebranta bajo sus pies, con fuerza incontrastable, la serpiente del mal, reuniendo los dos primeros atributos de la mujer, que no pueden por modo

alguno en ella excluirse, la virginidad y la maternidad? Quien crea que nosotros exageramos atribuyéndole este sentido al canto sublime de María, no debe hacer más que leerlo y encontrará en sus estancias las venas de ideas que nosotros hemos señalado y lo colocará entre los himnos de la humana libertad.

Strauss no participa de nuestro pensamiento, pues le parece falto de originalidad y sobre otros documentos bíblicos impreso y calcado este himno. El mismo cita las palabras de Ana en el primer libro de Samuel. Compulsándolas no veo fundamento á su juicio. El espíritu judío brilla mucho más que en los cánticos de María. Las estancias de aquélla repiten los rugidos de los leones de Judá; las estancias de ésta repiten los balidos del inmaculado cordero de nuestra redención. El cántico de Ana me parece un cántico de reconciliación. La mujer del antiguo Testamento apenas abre los labios cuando habla de sus enemigos; mientras por el evangélico Magnificat circula un soplo de amor que todo lo dulcifica y orea. El Dios de Israel aparece como una evocación histórica en Ana, encerrada por completo dentro del pueblo judío, mientras el Dios de María rebosa en los límites de Judea y trasciende á toda la humanidad. Así en los versículos de Ana se comienza por loar extraordinariamente al Dios del pueblo escogido y por amenazar con extraordinarios furores las altanerías y las arrogancias de sus enemigos. En verdad, Ana, cual María, rompe los arcos del fuerte para que puedan ceñirse de fortalezas los débiles; arguye á los hartos y satisface á los hambrientos; promete á la estéril hijos y conmina con muchos mortichuelos á la fecunda; levanta del polvo al pobre y lo coloca entre los príncipes; enaltece á los santos é impele á los impíos hacia las tinieblas.

Mas todo esto aparece allí como despojo de un combate y resultado de un triunfo. Bien al revés de lo que vemos en el Magnificat de María. Esta maravillosa poesía proviene de las efusiones del alma. Un dios de caridad anima todos sus versos. El presentimiento de la beatificación, que tendrá en el mundo cristiano la mujer, impele todas las estrofas. *Beata me dicent omnes generationes.* Y la misericordia resplandece allí más que la justicia. Y á virtud, por eficacia de tal sentimiento, depone á los reyes de sus tronos y exalta en su corazón á los humildes; despoja de sus riquezas á los potentados y enriquece á los menesterosos. *Potentes deposuit de sede, et exaltavit humiles; esurientes implevit bonis, et divites misit inanes.* Sí, la protesta de Cicerón, el holocausto de Bruto, el día de Farsalia, la noche de Filippos, el sublime sacrificio de Catón en Utica, no alcanzaron lo que alcanzó este cántico de María, demostrando cómo la idea, siquier se diga y exprese por una débil mujer, troncha como cañas los cetros y derrite como cera las coronas de aquellos que parecen más fuertes y soberbios.

EMILIO CASTELAR.

UN LIBRO VIEJO

El amor de Isidoro y Sabina era tan vehemente que no les dió lugar á espera alguna. Cuando se casaron contaba Isidoro diez y ocho años y Sabina no llegaba á los diez y seis.

A los siete meses de matrimonio tuvieron un hijo, al que pusieron por nombre Fabián.

Por su nacimiento Fabián debía haber sido amante de todo lo joven. Jóvenes eran sus padres y prematuro había sido su nacimiento, y no obstante desde que llegó á la edad de la razón mostró una afición decidida á todo lo viejo.

Profesó más cariño á sus abuelos que á sus padres.

Cuando apenas contaba diez y seis ó diez y ocho años iba á visitar dos ó tres veces por semana el Museo arqueológico y parábase horas enteras contemplando los pendientes de Isabel la Católica ó el astrolabio de Felipe II.

Los manuscritos, los pergaminos, los librotes viejos producíanle verdadera delectación.

Era niño todavía y huía de la compañía de los muchachos de su edad.

A los veinte años se enamoró perdidamente de una mujer de cincuenta que no estaba bien conservada, pues á estarlo no se hubiera enamorado de ella.

Estas aficiones á todo lo antiguo fueron causa de la amistad de Fabián con el que estas líneas escribe.

No se crea por esto que sea yo alguna momia escapada del Museo. No soy viejo, pero, como dijo el poeta, conozco que por dentro he envejecido.

Mi cuerpo es joven, relativamente, pero el alma... el alma debe haber sufrido ya muchas encarnaciones.

Mas como no se trata de mí ni al lector debe importarle un ardite si soy joven ó viejo y si mi alma es de esta ó de la otra manera, me aparto un poco, y retirándome por el foro dejo sólo en escena á Fabián, que es quien me refirió lo que á mí vez voy yo á referir.

Si he dicho lo que hasta aquí se dijo es para que nadie extrañe la amistad que me unió á Fabián.

El era un niño, yo un hombre de edad madura y él buscaba mi amistad como yo busqué la suya.

Esta amistad no sé si á él le fué útil; para mí fué útil y agradable.

En él hallaba mi alma fatigada las energías de que carecía, y él me refirió la historia de un libro viejo que le costó muchas fatigas descubrir.

Mas basta ya de preámbulos y vamos á referir la historia, que es el verdadero objeto de estas líneas.

El amor de Fabián á los trastos y libros viejos hacía que fuera un constante y asiduo visitador del Rastro.

Conocía Fabián todos los puestos de libros viejos de Madrid, y sabía de memoria dónde podía hallarse un bargueño auténtico, una espada de cazoleta, un buen plato de la antigua fábrica de Manises ó un librote escrito en latín macarrónico del siglo XVI, encuadernado en amarillento pergamino.

Tan amante como era Fabián de las antigüedades, lo era también de la literatura y especialmente de la literatura dramática.

En aquellos tiempos en que nos unía tan estrecha amistad y cuando no nos habían separado los accidentes de la vida, solíamos asistir Fabián y yo á todos los estrenos de obras teatrales de alguna importancia.

Una noche presenciamos el estreno de un drama titulado: *Justicia contra malhechores*

El autor de la obra obtuvo un exitazo, como suele decirse en lenguaje de bastidores.

Cuando hubo terminado la representación del drama, Fabián y yo salimos del teatro sin esperar á la representación del sainete, pieza ó fin de fiesta, y nos fuímos según costumbre á la Cervecería escocesa á cenar, pues él como joven *efectivo* y yo como joven relativo teníamos un envidiable apetito, debido á un estómago privilegiado y á un hambre atrasado producido por algunos años de estancia en casas de huéspedes de doce reales.

Mientras nos dirigíamos del Teatro Español á la Cervecería escocesa no dije ni una palabra á Fabián, pues era tanto el frío que no me determinaba á bajar el embozo de mi capa por temor á que las palabras se helaran ó á que penetrara en mis pulmones el vientecillo del Guadarrama que reinaba y con él la terrible pulmonía.

Mas cuando llegamos á la Cervecería escocesa y al sentir la agradable temperatura que en ella había, después de haber pedido un *roastbeef* con patatas y una botella de *Pale-ale*, y después de haber saboreado el primer bocado y el primer trago dije á Fabián: ¿Qué te ha parecido el drama de esta noche?

– Me ha gustado mucho, dijo Fabián, pero sospecho una cosa.

– ¿Qué? le dije.

– Que el drama no es de quien lo firma.

– ¡Qué mal pensado eres! repliqué. ¿En qué fundas esa creencia?

– ¿Conoces á Adolfo Gutiérrez? me preguntó Fabián.

– En mi vida le he visto la cara, contesté. ¿Quién es ese D. Adolfo Gutiérrez?

– De manera que has ido al teatro sin conocer siquiera ese nombre.

– ¡Claro! para ver un drama no creo sea necesario conocer á ese señor.

– Pero es que ese señor es el autor de la obra que has visto esta noche.

– ¡Ah! dije.

– ¡Ah! contestó Fabián, remedándome burlonamente. Tú vas al teatro, ves un drama, oyes el nombre del autor, le ves salir á escena una, dos y varias veces y vuelves á casa creyendo que el drama lo ha escrito Perico el de los palotes.

– A mí me importa nada saber si el autor se llama P. ó Q. Yo voy al teatro á admirar bellezas literarias, á que me hagan sentir, á...

– Vas á todo eso, pero no quieres averiguar siquiera á quién debes los momentos del placer que pasaste en el teatro.

– Voy á lo que voy, repliqué yo mal humorado; mas no se trata de averiguar esto, sino de saber en qué fundas tu opinión de que el drama que esta noche hemos visto no es de... de... ¿Cómo has dicho que se llama?

– Adolfo Gutiérrez.

– Eso es, de Adolfo Gutiérrez.

– A decir verdad en nada y en mucho. Si conocieras á Adolfo Gutiérrez, en mucho; pero como que no le conoces, en nada.

– Si no te explicas con más claridad confieso que no entiendo una palabra.

– Trataré de explicarme. Yo conozco á Adolfo Gutiérrez; lo he tratado con alguna intimidad, juntos hemos seguido la carrera de Derecho, y todo esto hace que le conozca á fondo, y como le conozco á fondo, me atrevo á asegurar que el drama que esta noche hemos visto no es suyo, que no puede ser suyo.

– Hombre, eso es muy aventurado. Ese señor pudo ser muy mal estudiante, pudo muy bien parecer torpe para aprender prolegómenos del Derecho y para enterarse de si las Partidas se escribieron en tiempo de Alfonso el Sabio ó en tiempo del Rey que rabió, y sin embargo...

– Y sin embargo, interrumpió Fabián, Gutiérrez no puede ser autor del drama *Justicia contra malhechores.*

– ¡Qué apasionado eres! dije: ¿no comprendes que tu afirmación encierra una acusación gravísima? Al decir lo que dices, supones á Gutiérrez autor de un robo, de un robo literario.

– Sí, ya lo sé, y supongo más, y es que el robo se habrá verificado en tales condiciones, que el robado no podrá ni probar el robo ni quejarse.

– ¡Hombre, qué barbaridad! ¡no sabes lo que dices!

– Lo sé muy bien, repito.

– No puedes saberlo, grité ya incomodado. Las razones en que te fundas...

– Tienen más fuerza que doscientos mil caballos de vapor.

– Pues no te quedes con ellas en el cuerpo, dilas; vamos á ver.

– ¿Qué frutos puede dar una encina? me preguntó Fabián.

– Bellotas, contesté.

– Pues bien, Gutiérrez es una encina, y el drama *Justicia contra malhechores* no es un manjar para puercos.

– Vete á paseo. Hacer un epigrama es fácil, pero calumniar y probar la calumnia es algo más difícil.

Estas palabras molestaron sobremanera á Fabián.

Entre él y yo entablóse una polémica que vino á dar en disputa, y disputa agria, en la que cruzáronse por una y otra parte frases duras y hasta injuriosas.

Durante algún rato guardamos los dos silencio y nos sentimos molestos, pues la discusión llegó á tal punto que no hubiera sido posible que ni uno ni otro diéramos razones que fueran tales. A haber seguido en aquel tono, lo que comenzó discusión y continuó disputa hubiera acabado en querella.

Pasó un cuarto de hora en silencio; distendiéronse nuestros nervios, apaciguóse nuestra cólera y Fabián rompió el silencio, diciendo:

– Confieso que he sido un necio al querer convencerte de una cosa que es más bien para sentida que para explicada. No quiero insistir ni quiero más discusión. Perdóname, te lo suplico, si en el calor de la discusión he pronunciado alguna frase que pueda haberte ofendido. Si tal cosa he hecho me arrepiento y pido en nombre de nuestra amistad...

– Hombre, déjate de tonterías, la culpa ha sido mía.

– No, mía, dijo Fabián.

– De los dos, contesté yo, no vayamos á hacer de esto un nuevo motivo de reyerta. A mí me importa tanto que el drama sea de Gutiérrez, como de López, como de Pérez, como de Fernández y como de todos los acabados en *ez*.

– A mí no. Yo sostengo que puede ser de cualquiera Fernández, López ó Gutiérrez, pero no de Gutiérrez Adolfo.

– Bien, lo que quieras. Si no es de él, Gutiérrez lo cobra.

– Eso es indudable, pero alguien lo habrá pagado.

– Peor para él, dije yo.

– Quizá algún día te presente á Adolfo Gutiérrez. Si esto llega á ocurrir y si después de haberle tratado sigues sosteniendo que el drama que esta noche hemos visto es suyo, como reconozco tu buena fe, confieso de antemano que soy un imbécil, un malicioso y un calumniador.

– Bastará que confieses que eres un apasionado.

– Espero que ni eso habré de confesar. No sé por qué confío que llegará algún día en que algún suceso inesperado venga á demostrar que ni soy imbécil, ni calumniador, ni apasionado siquiera.

Cambiamos de conversación, cenamos tranquilamente y nos separamos sin volver á acordarnos para nada ni de *Justicia contra malhechores*, ni de Adolfo Gutiérrez, ni de la disputa que por el drama y su autor habíamos tenido.

Pasaron bastantes meses, dos ó tres años quizás.

Cierta tarde hallábame yo encerrado en el cuarto de mi modesta casa de huéspedes saboreando por quinta ó cuarta vez la preciosa novela de Balzac titulada: *La Peau de chagrin*, cuando vino á visitarme mi amigo Fabián, á quien hacía ya algunas semanas que no veía.

Nos saludamos con afecto. Pidióme él una taza de café que hice yo en mi cafetera y le serví yo mismo, y cuando hubo tomado un sorbo me dijo:

– Habrás creído que mi visita es desinteresada y te has engañado. Vengo á pedirte un consejo.

– Pues habla y pide. Te daré el consejo según mi leal saber y entender, y si no es bueno peor para tí; yo con la intención me salvo.

– Lo sabía y por eso acudo á tí; oye ahora lo que me ocurre. Sabes que desde niño tengo una gran afición á la literatura, pero una afición pasiva. Hace poco me ha entrado una verdadera locura. Ya no me contento con la afición pasiva, quiero ahora ser yo el admirado en lugar del admirador perpetuo. Más claro, tengo en mi casa más de mil cuartillas llenas de renglones cortos y un capazo lleno de comedias, dramas, melodramas, tragedias, cuentos y novelas. Hasta ahora los cajistas no se han molestado ni una sola vez por mí; mis manuscritos no han ido á la imprenta. Ni gratis he conseguido que tomara ningún editor una obra mía, y ya comprenderás que mi fortuna no me ha permitido editar mis obras por mi cuenta.

Pero al fin la suerte se ha cansado de perseguirme y va á abrirme las puertas de la gloria uno de los porteros de su templo. ¡Asómbrate, mi querido amigo! ¡un editor! un hombre de gran talento vino ayer á mi casa pidiéndome que le escribiera una novela corta. Yo tengo aquí, en la imaginación, muchos asuntos. Novelas estilo de Montepin los unos, cuentos fantásticos como los de Hoffmann los otros, melancólicos como los de Lamartine los de aquí, picarescos como los de Quevedo los de allá, en una palabra, tengo aquí en mi cerebro un almacén de cosas que han de darme honra y provecho. Tantos son los asuntos que bullen en mi cabeza, que hállome en la situación de Bertoldo, no sé de qué árbol ahorcarme, y para decidirme es para lo que vengo en busca tuya. No te asustes, no creas que voy á referirte diez ó doce asuntos. He hecho ya una eliminación y sólo será necesario que te refiera uno ó dos. Escucha, en primer lugar, el que juzgo más original y más interesante. Seré muy breve: Fulanito y Menganito son primos, hijos de dos hermanas; una de ellas casó con



LAS SANTAS MUJERES EN EL CAMINO DEL CALVARIO, cuadro de Alois Delug

(Primera Exposición anual de obras de arte de todas las naciones, Munich 1889)



VISTA PANORÁMICA DE JERUSALÉN, DIBUJO DE J. V. ECKENHECHEZ

un hombre riquísimo, la otra con el secretario del Ayuntamiento de un pueblo.

Como eran distintas las posiciones sociales de los dos primos, llamados Adolfo y Vicente, distinta fué también su suerte.

Adolfo nació y se educó en Madrid, frecuentó los más aristocráticos salones, vistió como los señoritos de la goma y tuvo los hábitos de holganza y los vicios de éstos.

Vicente vino á Madrid vistiendo chaqueta burda, y se alojó en una casa de huéspedes, en la que pagaba cinco reales por casa, comida, lavado de ropa y demás servicios.

Si distinta era la suerte de los dos primos, también era distinta su aplicación, distinta su inteligencia y distinta su honradez.

Adolfo era partidario de que el fin justifica los medios.

Vicente, para llegar al fin que se proponía, no podía seguir más que un camino, el de la lealtad.

Los dos primos se conocieron en la Universidad.

En un principio, Adolfo miró con bastante desprecio á su primo Vicente, pero al conocer que éste podía serle de alguna utilidad, apresuróse á trabar amistades con él.

Adolfo casi nunca asistía á las clases. Cuando llegaba fin de curso, Vicente le daba sus apuntes, le preparaba para los exámenes y con esta corta preparación y las eficaces recomendaciones de su padre, salía Adolfo airoso en los exámenes y así concluyó su carrera.

Frente á la casa en que habitaba Vicente vivía una lindísima muchacha hija de un marqués arruinado, que hallábase dispuesto á que su hija única, y heredera por lo tanto de sus títulos, los cambiara por títulos de la Deuda.

Vió Vicente á Isabel, que así se llamaba su vecina é hija del arruinado marqués, y se enamoró de ella como el Dante de Beatriz.

Adolfo conoció también á Isabel en una temporada en que diariamente visitó á su primo para que éste le metiera materialmente á cucharadas el Derecho penal. La muchacha le gustó, pero aun le gustó mucho más el sonoro título que había de heredar de Marquesa de la Campana.



MADONA, cuadro de Rafael Sanzio

Isabel era una muchacha por demás sencilla, buena, ingenua y algo dada al romanticismo.

Vicente la miró desde su balcón durante muchos meses con ojos de carnero degollado, como vulgarmente se dice.

Aquellas lánguidas miradas conmovieron á Isabel, pero aun la conmovieron mucho más unos hermosos versos que Vicente la dedicó y que un día arrojó desde su balcón al de Isabel.

– Debo advertirte, interrumpió á esto Fabián, que en mi cuento hago á Vicente un inspiradísimo poeta.

– Hazle lo que quieras, le contesté.

– Hágole, pues, poeta con tu permiso ó sin él, y continúo.

Isabel y Vicente se amaron. Concluyó éste su carrera y pensó en alcanzar una posición brillante para poder aspirar á la mano de su adorada Isabel.

Hizo oposiciones á la judicatura, ganó una plaza, y viéndose ya juez se atrevió á pedir en matrimonio á Isabel. El padre, que como ya se ha dicho pensaba hacer de su título un objeto de comercio, trató con gran desprecio al desdichado Vicente.

Creyó éste que la negativa era debida á su modesta posición, y sin perder la esperanza por completo, recordó que era poeta y quiso aspirar á la gloria. Cuando mi nombre sea famoso, se dijo, el padre de Isabel no se negará á recibirme por yerno. Renunció al cargo de juez que por oposición había ganado, se encerró en su cuarto, concibió y maduró el plan del drama, y con su manuscrito debajo del brazo fué á ofrecerlo á los empresarios de teatro.

Tres años estuvo solicitando que se oyera la lectura de su obra, y no pudo lograrlo. Al cabo de los tres años, lo fatigoso de su vida, el amor no satisfecho ó Dios sabe qué, le produjeron una enfermedad que le causó la muerte.

Algún tiempo después se representó en el Teatro Español un drama que fué muy aplaudido.

¡PIETÁ! cuadro de Hans Tichy

(Primera Exposición anual de obras de arte de todas las naciones, Munich 1889)

El autor del drama contrajo matrimonio poco después con la hija del Marqués de la Campana.

Vicente murió pobre, tan pobre que tuvo que vender hasta sus libros para comprar las últimas medicinas.

– Esta es mi novela, dijo Fabián; el desenlace ya le adivinarás. El drama que Adolfo dió por suyo era el de Vicente. ¿Qué te parece mi asunto? preguntóme mi amigo.

– Chico, le dije, si he de decirte mi opinión, con franqueza te diré que no me gusta; es vulgar, muy sobado.

– Esperaba de tí ese juicio. Escucha ahora el verdadero epílogo de mi novela, que no es tal novela sino historia.

Hace ya bastantes meses tuvimos en la Cervecería escocesa una fuerte disputa sobre un drama cuyo título era, si mal no recuerdo, *Justicia contra malhechores*.

Hace dos meses pasé por el viaducto de la calle de Segovia, y en un puesto de libros viejos que suele haber en el extremo que da á la calle Mayor ví, al registrar un legajo de papeles manuscritos, un drama sin título; lo hojeé y me causaron admiración los hermosos versos en que estaba escrito.

– Este es el drama, me dijo Fabián sacando de su bolsillo un manuscrito.

Miré el manuscrito que me daba y ví que estaba firmado por Vicente San Miguel y Calleja.

– Si quieres que te diga la verdad no entiendo una palabra de esto, dije á mi amigo Fabián.

– Compré el manuscrito, repuso Fabían, porque se me figuró recordar algunos de los versos que en él leí. Mi memoria no me engañó; yo conocía el drama como lo conoces tú. Me empeñé en averiguar la historia de este libro viejo, y lo he logrado. Me ha costado gran trabajo, pero por bien empleado lo doy, pues he hallado asunto para la novela corta que me pide el editor.

Yo no calumnio nunca, amigo mío, añadió Fabián. La historia que te he referido es cierta. Este drama le has visto representar con el título de *Justicia contra malhechores*, y el que pasa por ser su autor se llama Adolfo Gutiérrez Calleja, primo hermano de Vicente San Miguel y Calleja. ¿Te convences de que una encina no puede dar más que bellotas?

Me dí por convencido, y al trasladar al papel la historia de un libro viejo añado:

Y si el lector dijere ser comento,
Como me lo contaron se lo cuento.

JUAN ROA.

EL HAZ DE ESPLIEGO

Hubo un tiempo en que el olor del espliego me era insoportable.

Por el contrario de lo que les suele suceder á los demás, al tropezar mi pituitaria con este aroma, subían á mi cerebro ciertas repugnancias que me hacían ver en seguida bayetas amarillas extendidas sobre la camilla agujereada, y allí cerca, protestando á grito herido, el hijo del hombre, aun en el estado de larva.

Me olía el espliego á enfermedad ó á vida nueva.

Y no establecía mi repugnancia ninguna diferencia entre los espliegos originarios de diferentes puntos. Lo mismo me incomodaba el de Castilla que el de Aragón, el de la Alcarria que el de Cataluña.

Todos eran para mí lo mismo: una *labiada de cuatro estambres didinamos*.

Pero llegó un momento en que cambié repentinamente de parecer, ó si se quiere de gusto: me aficioné al olor del espliego, y llegó á tal delicadeza mi olfato, que distinguía entre todos el que yo consideraba como el mejor ó más bien como el único y verdadero espliego, el de la Alcarria.

¿Qué causa había podido vencer mi repulsión y cambiarla en afición decidida?

No lo sé de cierto. Pero sé que con este cambio coincidió una historia que quizá pueda servir de explicación, y voy á referirla.

Tenía yo quince años, pero era allá por el de sesenta y tantos, cuando los quince años equivalían á doce de hoy; no en el desarrollo del cuerpo, pues éramos más robustos que los sietemesinos actuales, sino en lo moral.

En los cinco años anteriores al de esta historia había yo aprendido más geografía experimental que la que puede saber un conductor de correos á los veinte años de práctica.

Mi padre nos hizo recorrer en los veranos casi toda España, provincia por provincia y pueblo por pueblo.

Cada año, ya se sabía, variábamos de itinerario.

Aquel verano nos tocó explorar uno de los rincones de la provincia de Guadalajara.

Se eligió el pueblo de X…, á once leguas de la capital de los bizcochos borrachos; de modo que después de dos horas de ferrocarril, cuatro de carro, seis de burro y alguna que otra á pie por los malos pasos, todo al sol y con polvo, llegamos al pueblo que era chiquitito, pero feo de verdad.

Sin embargo, íbamos tan fatigados del camino, que nos pareció aquello un maravilloso oasis, y nos duró esta impresión casi toda la temporada.

Las casas eran todas iguales, de un solo piso y de la época de Fernando VII, que las hizo construir al mismo tiempo que un palacio, con el que convirtió aquello en sitio real, pero no en sitio habitable.

Al llegar á nuestra morada, donde sólo encontramos las paredes, se desempaquetaron los colchones y las sábanas, y sobre tablados de pino se acomodó cada cual como pudo

Con la piel abrasada por el sol y el polvo, buscaba yo la primera noche el fresco roce de la sábana, y me consolaba de las fatigas del viaje diciéndome: A buen seguro que en dos meses no me tropiezo con el severo Tramaria, ni con Moya, ni con el atrabiliario Merelo. ¡Adiós por dos meses, Historia Natural, Matemáticas, Francés, etc.!

Al caer la tarde del día siguiente, con la escopeta de Eibar de un cañón, y de pistón por supuesto, ganada aquel año con un *notable*, no recuerdo en qué asignatura; lleno de pertrechos de caza que me colgaban por todas partes; canana, pistonera, cuerno de pólvora y varios chirimbolos más, me lancé al campo aguijoneado por el piar de centenares de gorriones que, antes de elegir rama donde esperar cómodamente la aurora, se daban mutuamente las buenas noches ó se disputaban el alojamiento.

Guiado por la algazara gorrionesca, llegué atravesando eras y rastrojos á un paseo formado por dos hileras de acacias, que desde la principal calle del pueblo conducía al cementerio situado á tres kilómetros.

Con paso cauteloso, el dedo en el gatillo y mirando á las copas de los árboles, pasaba del uno al otro sin que ninguno de aquellos maliciosos pájaros se prestara á servirme de blanco.

De pronto suspendí el paso y quedé admirado al oir unos lastimeros sollozos que parecían salir de entre unas breñas vecinas al paseo.

Acudí al sitio de donde los sollozos salían, y hallé sentada en un peñasco á una muchachuela, que cubriéndose el rostro con ambas manos lloraba amargamente.

– ¿Por qué lloras? – la pregunté.

– Porque el hijo del tío Garrastunas me ha quitado un haz de espliego que había cogido, y como ya no tengo tiempo de coger otro, tendré que irme á casa sin nada y me pegará mi madre.

Al decir esto se levantó.

Era una muchacha de unos trece años, de tez blanca, cosa poco común en los pueblos, de facciones que tenían algo de la regularidad y severidad griega, ojos grandes, negros, sombreados por espesas pestañas que prestaban á su mirada una misteriosa profundidad realzada por la pena.

El pelo, de color oscuro, se recogía sobre la nuca en una gruesa trenza despejando la frente y las sienes, y dejando libres á uno y otro lado esos tan delicados rizos, cuyo encanto puede adivinar la mujer, pero no puede llegar á comprender del todo.

Fidias hubiera llorado de alegría al ver la corrección de aquellas facciones, y sobre todo al contemplar aquella boca tan delicada y tan fina como la de la Venus de Milo, cuyas líneas comparaba ingeniosamente mi amigo y maestro el pintor Sala á las de un sombrero de Guardia civil.

Los contornos de su cuerpo, de mediana estatura, anunciaban ya, á pesar de la crudeza de formas propia de su edad, una esbeltez notable y una gran suavidad de líneas, que no desdibujaban del todo una saya de sarga roja y la camisa de tela cruda que se cerraba al cuello.

Quedé maravillado; y me impresionó de tal modo que, sin pensar ya en los gorriones, me despojé del imponente atalaje cinegético, arrimé la escopeta á una retama, y cogiendo la hoz que á sus pies desnudos estaba, la dije:

– No llores; que entre los dos cogeremos en breve rato otro haz de espliego para que tu madre no te pegue.

Y diciendo y haciendo, como el segador corta de una hozada medio brazado de trigo, sin importarle gran cosa lo que dijeron Ovidio, Virgilio y otros cantores de la dorada miés, así yo, con un ardor digno de mejor empleo, cortaba sin compasión aquellas pobres cañas que, lejos de protestar y defenderse, se inclinaban hacia mí, acariciándome suavemente la tostada faz y regalándome la delicada fragancia de sus flores y de su savia despertada por tan brutal acometida.

Roja la cara como una amapola, sudando y renegando de los cardos, de los espinos y de otras plantas que parecían querer vengar al inocente espliego, punzándome cruelmente las manos, me enderecé al cabo de un rato, y satisfecho al ver la hermosa gavilla que había ido formando la muchacha con el espliego que yo había segado, volví á coger mis trebejos de caza.

– ¿Cómo te llamas? – la pregunté.

– Casilda, – me contestó.

– Ya no te reñirá tu madre, – añadí mirando el espliego recogido.

– No señor, y Dios se lo pague á V.

– ¿Qué ocurrencia le da de mandarte á coger espliego?

– Es que á fin de verano vienen los arrieros y lo compran desgranado; y mi madre y casi todos los del pueblo que son pobres aprovechan este recurso. Antes iba á cogerlo al monte, que hay más, pero ahora dice mi madre que ya voy siendo moza y me manda venir aquí cerca de mi casa que es aquella, – y señaló una choza en los límites del pueblo.

—¿Vienes todos los días?

– Sí, señor.

Nos separamos donde concluía el sendero de las acacias y empezaba la calle.

Sin acertar ya á comprender lo que por mí pasaba, temeroso de presentarme ante mi familia, como si aquella hora y media hubiera constituído unos novillos incalificables, me encaminé hacia casa preocupado é inquieto, pero embelesado con el recuerdo de la anterior escena.

Veía á aquella pobre criatura, víctima de la fuerza, llorando desolada sobre el peñasco, y no me daba cuenta precisa de lo que más me interesaba en ella, si su pena ó su figura.

Como una verdadera obsesión me perseguía el recuerdo de una especie de lunar grueso que tenía cerca del labio superior, casi en el mismo hueco que forma su comisura.

Claro está que á la tarde siguiente me faltó tiempo para coger mis utensilios de caza y dirigirme al sendero de las acacias.

Pero en balde pasé toda la tarde recorriendo aquellos parajes. Lo que yo buscaba no estaba por allí. Media docena de gorriones pagaron mi mal humor, que se fué templando cuando recordé que era domingo, y que por eso no habría recolección de espliego.

Desde gran distancia ví al día siguiente la figura de la que tanto me interesaba ya. Sola en medio de aquel campo, aparecía y desaparecía entre las retamas. No me atrevía yo á mirar hacia donde estaba sino de reojo. Sin embargo, escudado con el pretexto de la caza, me fuí acercando á ella.

Para llamarle la atención disparé la escopeta; y es claro que debió mirar y me debió ver; pero se hizo la desentendida y continuó su trabajo.

Poco me faltó para llorar de indignación.

Era su deber andar siquiera la mitad del camino, y yo hubiera andado la otra mitad; pero nada.

Estaba casi decidido á marcharme, cuando volviendo ella la cara hacia donde yo estaba é inclinándose para atar la gavilla de espliego, la ví el lunar, y todo el enojo que me había producido su indiferencia desapareció como por ensalmo.

Me decidí entonces á llevar á cabo una acción heroica.

Cerca de donde ella estaba empalmaba con el sendero de las acacias una vereda trazada por entre retamas y romeros: por allí debía salir: me senté en el empalme y aguardé.

Al poco rato tomó efectivamente la vereda. Comenzó á latirme el corazón con mucha fuerza y casi no podía respirar. Puse empeño en buscar un entretenimiento para hacerla entender que me ocupaba en otra cosa, y se me ocurrió la triste idea de maniobrar con la escopeta quitando el pistón y reconociendo la chimenea á ver si se había cebado.

Y sucedió lo que debía suceder; comencé á oir sus pasos, sin verla, porque también había tomado la precaución de sentarme medio de espaldas hacia la vereda por donde venía; me sentía abrasar por su mirada, tenía calor y frío al mismo tiempo, no me atrevía á moverme, quedé como de piedra… Y al verme ella así, cerrándola el paso con el cañón de la escopeta y echando mano al gatillo, debió entrarle miedo seguramente, dejó la vereda y echó por entre la espesura del monte bajo, en dirección á su casa.

No me desmayé, pero me faltó poco.

La maldije, eso sí, y prometí no volver á verla.

Pero en lo más crudo de mi furor se me aparecían aquellas facciones que tanto me encantaban, y el lunar que no podía borrar de mi recuerdo: el pícaro lunar que durante la noche, en ese delicioso duerme-vela que precede al sueño, me servía siempre de punto de partida para reconstruir aquella angelical figura… Así es que, á pesar del propósito que acababa de hacer, me decidí á hablarle.

La llamé, esperó, la dí las buenas tardes, y hablamos… de cómo se hacía la masa para el pan, de las gallinas que tenía su madre, del arrope que le gustaba mucho, de la manera de desgranar el espliego en las largas veladas del invierno, etc., etc.

Volví á mi casa encantado, pero muy tarde; lo cual me valió un sermón con latín y todo.

– Desde mañana comenzará V. á repasar la historia natural, – me dijo mi padre.

Y así fué.

A la tarde siguiente, entre las cuatro paredes de mi cuarto, con el Galdo delante, empecé el estudio.

Llegó la hora de mi acostumbrada escapatoria, y vengan acantopterigios y lofobranquios, y… sin venir mi padre á tomarme la lección…

Al cabo vino y salí del apuro. Con muchas arcadas y tropezones vomité todos los acantopterigios y malacopterigios abdominales que por obediencia á mi padre había tragado, y corrí al sitio de todas las tardes, pero sin escopeta.

Allí estaba la niña.

Aquella tarde la dedicamos á coger mariposas.

A última hora nos acordamos del espliego y tuve que ponerme á recogerlo de prisa como la primera tarde.

Pasaron días y días, y no variaba nuestro entretenimiento. Las dos horas que pasábamos juntos me parecían un instante; y siempre concluíamos cogiendo aprisa el haz de espliego para ganar el tiempo perdido.

Una mañana me levanté y ví á los criados haciendo baúles y líos.

Se me heló la sangre en el cuerpo, y me entró luego un sudor frío al saber que salíamos para Madrid el día siguiente.

Aquella tarde acudí al sendero de las acacias triste, con el alma en un hilo (que sería de seda, cuando no la acabé de perder), y conteniendo la respiración para no llorar.

Allí estaba ella.

– ¿Qué tienes? – me preguntó al verme la cara, en la cual, según era de grande mi aflicción, percibiría seguramente algún puchero que otro.



LA VIRGEN Y LOS SANTOS, cuadro de Andrea del Sarto

(Existente en el Museo de Berlín)

Con mucha precaución para no sollozar, y con voz muy apagada, pude contestarla:

– Que me marcho.

– ¿A Madrid?

– A Madrid.

Y de común acuerdo, ella con voz atiplada y yo con un berrido tremendo, rompimos á llorar á moco tendido.

Después de aquel primer desahogo, sentados en las mismas peñas donde habíamos pasado tantas tardes felices, permanecimos largo rato en silencio.

– Ya no me verás hasta el año que viene, – le dije yo con amargura, – y me olvidarás.

– No te olvidaré, – me contestó: – ya sé que soy tu novia, y como te quiero mucho no te olvidaré nunca.

No hay rojo comparable al que debió subir entonces á mi rostro. Me sentí presa de una emoción indescriptible. Quería hablar y no podía...

Era ya de noche. Habíamos olvidado la hora de nuestra retirada. Cogidos de las manos, mudos, meciéndonos en espacios para nosotros desconocidos, nos despertó de aquel sueño la destemplada voz de una vieja que gritaba:

– ¡Ah, bribona! Hace una hora que te ando buscando. ¿Qué hacías ahí con ese mequetrefe?... En llegando á casa verás lo que te espera.

Y como muestra de lo que la esperaba en casa, la propinó desde luego dos ó tres bofetadas y no sé cuántos torniscones.

– Y tú, tísico madrileño, – añadió dirigiéndose á mí, – como te pille otra vez cerca de esta mocosa, de una pedrada te quito las muelas.

Así terminó aquel idilio.

Lleno de pena, medio ahogado por la congoja, volví á mi casa.

A la mañana siguiente, caballeros en pacienzudos asnos, precedidos por un convoy de colchones, baúles, cestas, jaulas etc., cruzamos el pueblo con dirección á Madrid, yo el último de la fila, acomodado sobre el burro de las provisiones de boca.

A la salida del pueblo en un recodo del camino estaba la niña.

– Toma, – me dijo, metiéndome en la aguadera una cosa, y echó á correr.

La cosa era una torta en la que había escrito mi nombre con filetes de pasta.

De buena gana la hubiera yo colocado sobre el corazón; pero había muchos testigos, y además la torta no se dejaba coger de caliente.

La guardé y... creo que me la comí por el camino.

Corrieron los días y los meses y seguí conservando viva la imagen de Casilda. El lunar seguía en primera línea, entre los innumerables encantos de aquella interesante criatura.

Al verano siguiente tornamos á continuar nuestros estudios geográficos; pero por otra provincia.

Concluí mi carrera. Hacía ya muchísimo tiempo que no pensaba casi nunca en aquella niña que fué mi primer amor, y tras de muchas vicisitudes por mí pasadas (que ¡vaya si pueden ser muchas en veinticinco años!), un día tuve necesidad de ver al doctor V... y le encontré en una de las salas del hospital de la Princesa, donde en aquellos momentos pasaba visita.

– Acércate si quieres, – me dijo al verme: – pronto concluyo: sólo me quedan por ver estas tres mujeres; – y señaló las tres últimas camas.

– Cancroide del labio superior, que tomó origen en un *nævi materni* situado cerca de la comisura del labio, – dijo el doctor V... descubriendo una horrible úlcera que había destruído la mitad de la cara de aquella infeliz.

Esta enferma, – añadió, – tuvo un lunar de carácter canceroso, cuya irritación mal curada la ha producido tan terribles consecuencias.

Al pasar de una cama á otra me dijo bajando la voz:

– Probablemente se morirá esta noche. La operación es imposible.

Interesado por aquella pobre mujer me acerqué al cuadrito de filiación colocado á la cabecera de la cama y leí:

«Casilda Pérez. – 38 años. – Soltera. – Sirvienta. – Natural de X...»

Me hallaba delante de mi novia.

Muda y horriblemente desfigurada por aquel lunar que tan feliz me hacía en otro tiempo, yacía sobre el lecho de un hospital, tan pobre y miserable que su cuerpo pertenecía al anfiteatro.

Siete duros me costó redimirle y procurarle un modesto entierro.

El espectáculo de la muerta desfigurada me parece hoy una horrible pesadilla; y el de la niña rubia del lunar un dulce sueño.

Este ha borrado el otro, aunque parece que debiera haber sucedido lo contrario.

¿Tendrá algo que ver esta historia con mi afición al espliego?

Es posible.

El gran kaleidoscopio cerebral obedece á resortes desconocidos puestos en movimiento por causas bien diversas. Tal pieza de música descorre un telón tras el que aparece encantadora escena. Tal otra nos hace ver un cuadro triste. Una causa cualquiera que hirió fuertemente nuestros sentidos en ocasión solemne nos hace recordar aquella impresión.

Por eso siempre que percibo el olor del espliego, recuerdo la niña del lunar y el sendero de las acacias.

Carlos Edo.



Sor Filomena Ferrer, busto modelado por su hermano D. Felix Ferrer y Galcerán

CONFLICTO CON EL DAHOMEY

El día 4 de marzo, según telegrama oficial, los dahomeyos atacaron nuevamente los puntos franceses de Kotonou, siendo rechazados con pérdidas considerables. El número de sus muertos fué de 400, entre ellos algunas amazonas; los franceses tuvieron nueve muertos (ocho tiradores indígenas y un artillero francés) y otros tantos heridos.

En Whidah, ciudad perteneciente á Dahomey, ha ocurrido un desgraciado suceso: seis franceses ó europeos, que en ella residían y que, á pesar de los avisos y excitaciones del gobernador Bayol, no quisieron abandonarla creyéndose seguros, han sido entregados á los dahomeyos por la traición de un mestizo portugués llamado Cándido, sospechándose que aquéllos los han conducido á Abomey.

Descripción del país. – Ese país, de un aspecto en extremo curioso, está constituído por una serie de bancales y de mesetas que en pendientes más ó menos sensibles suben desde el mar hasta las colinas de los Manthis, contrafuertes de las montañas de Kong, y aparece cortado por multitud de pantanos y de lagunas de dimensiones varias de los que el más importante, pues mide 200 kilómetros de circunferencia, es el que separa el reino de Porto-Novo de la meseta de Abomey.

El clima es más bien ecuatorial que tropical; las estaciones se dividen en estación de grandes lluvias (de mayo á junio) y de pequeñas lluvias (de setiembre á noviembre) y en estación seca larga (de diciembre á fin de marzo) y estación seca corta (de 15 de julio á 15 de setiembre). El período de la sequía larga se caracteriza por un viento que los indígenas designan con el nombre de *Harmatán* y que equivale aproximadamente al siroco del Sud de Argelia, en la región del Kreider y de Mecheria, y es el más sano para los europeos. En los cambios de estaciones menudean los tornados que arrastran como leves pajas las chozas de los indígenas, los cuales no se preocupan mucho de ello, volviendo á construirlas en seguida.

Porto Novo. – Porto-Novo, en el idioma del país *Adjaché* ó ciudad de los fetiches, está situada á los 6°22'28 de latitud Norte y 0°14'1 de longitud Este, á 20 ó 25 millas al Norte de Kotonou: es la capital de un reino en otro tiempo perteneciente, quizás, á un soberano feudatario del rey de Dahomey y á ella se va en piragua por la laguna de Kotonou, viaje que no tiene nada de agradable.

Las embarcaciones están hechas de un solo tronco de árbol y miden de 15 á 18 metros de longitud y cargadas tienen un calado de 1 metro; son redondas por la parte de la quilla y no se aventuran en el mar. Durante la travesía, nubes de mosquitos devoran al viajero que, además, no cesa un momento de oir el ruido que con sus movimientos producen en el agua los caimanes, los gritos de innumerables aves nocturnas y los aullidos de las fieras. Infinidad de luciérnagas cruzan por el aire. En la laguna hay un cañonero de vapor, que está á las órdenes del residente Mr. Ballot, administrador colonial.

Porto-Novo, más que una ciudad propiamente dicha es una aglomeración de chozas, cuya población no baja de 35.000 habitantes y que puede dividirse en dos partes perfectamente distintas: la ciudad fetichista y la semieuropea, algo menos sucia que su vecina.

Es imposible formarse siquiera idea del mal olor que despiden las inmundicias y los animales muertos por todas partes esparcidos. A cada paso se encuentran calabazas llenas de tierra, palos clavados en el suelo y adornados con banderolas de trapo blanco y fetiches toscamente esculpidos: todos estos objetos son los fetiches venerados por los habitantes, que en punto á salvajismo nada tienen que envidiar á sus vecinos de Dahomey.

Toffa, actual rey de Porto-Novo, acoge afectuosamente á los europeos que van á visitarle en lo que se ha dado en llamar su palacio, emplazado en la ciudad fetichista.

Hay en Porto-Novo siete factorías, tres francesas, tres alemanas (de Hamburgo) y una portuguesa, dos misiones, católica una y protestante la otra y algunas Hermanas de la Caridad. Los misioneros enseñan en sus escuelas el francés y catequizan á unos 2.000 indígenas.

Kotonou. – Acerca del nombre de Kotonou, que significa «laguna de los muertos,» denominación que se extiende á la aldea de que nos ocupamos, existe la siguiente tradición. Dícese que en remotos tiempos los dahomeyos quisieron atacar á una nación vecina con la que estaban desde antiguo enemistados, y para llegar á la cual era preciso atravesar la laguna. El rey no encontró mejor medio para vencer este obstáculo que cegarla, pero sus tropas enfermaron, y fué tal el número de soldados que murieron que sus cadáveres formaron una especie de escollera: el monarca, viendo así destruída la mayoría de su ejército, hubo de abandonar su empresa guerrera.

Whidah. – Whidah, situada á 40 kilómetros de Kotonou, y dependiente de Dahomey, es un importante centro comercial de donde se exportan anualmente 50.000 toneladas por lo menos de aceite de palma. La comunicación entre los buques y la tierra es difícil, siendo preciso salvar con piraguas las enormes olas que azotan la playa. Por esta razón el capitán Laperdrix, que manda la *Ville de Maranhao*, de los Cargadores Reunidos, acaba de proponer, según dice *Le Temps*, la instalación en Kotonou de un sistema de estacha muy ingenioso consistente en tender por encima de las crestas de las olas un cable de acero amarrado á tierra que serviría de guía á un vaivén maniobrado desde tierra y desde el mar por medio del cual se embarcarían y desembarcarían pasajeros y mercancías, lo que permitiría aguardar la construcción de un muelle.

(De la *Gazette Geographique*)

NOTICIAS VARIAS

La prosperidad de Chicago. – El mejor ejemplo de la prosperidad americana es indudablemente la ciudad de Chicago, «la reina de los lagos,» que en 1830 aun no existía y que actualmente está por encima de San Luis, Boston, Baltimore y Filadelfia. Nueva York es la ciudad más poblada de los Estados Unidos; Chicago es la segunda y dentro de poco sobrepujará á aquélla.

He aquí algunas cifras, que son más elocuentes que un largo comentario.

La ciudad de Chicago, fundada en 1830 en la orilla Sudoeste del lago Michigán, contaba á fines de dicho año 70 habitantes; diez años después tenía 4.853, cifra que cinco años más tarde se elevaba á 12.088 y que en 1850 ascendía á 29.963. En 1855 la población era de 60.627 habitantes, en 1860 de 112.172 y en 1870 de 298.977. En 1871 un horroroso incendio destruyó una parte de la ciudad, pero este accidente no interrumpió el aumento incesante y rápido que desde un principio la población venía experimentando.

En 1880 el censo acusa para Chicago la cifra de 503.185 almas; en 1885 son ya 727.000 y finalmente la última estadística consigna una población de 1.100.000 habitantes distribuídos en una superficie de 46.000 hectáreas. Chicago está, pues, más poblada que Viena, San Petersburgo y Constantinopla: excepción hecha de China, no hay en el mundo más que cuatro capitales que en este punto la aventajen, á saber: Londres, París, Berlín y en los mismos Estados Unidos Nueva York.

Y con el aumento de la población corre parejas el progreso de todas las ramas de la actividad humana. Chicago es ya la primera plaza mercantil de América y, de diez años á esta parte por lo menos, el puerto de más tráfico del mundo por lo que se refiere á maderas, cereales y carnes saladas. El movimiento de su puerto ha sido, en 1889, de 23.000 buques con 9.000.000 de toneladas. Los medios de comunicación han adquirido inmenso desarrollo: más de treinta líneas férreas le permiten comunicarse con las demás ciudades de la Unión. En 1888 las entradas de granos de toda clase han pasado de 66.000.000 de hectolitros: la capacidad de sus almacenes es de 11.000.000 de hectolitros.

El comercio de ganado de cerda, vacuno, lanar y caballar ha alcanzado un valor de 911.000.000 de francos.

En 1888 existían en actividad 2.400 establecimientos industriales que daban ocupación á 132.000 obreros y representaban un capital de 585.000.000 de francos. Las operaciones de banca exceden de 15.000 millones al año.

Inútil sería citar más cifras: las consignadas bastan para dar una idea del desarrollo colosal y sin precedente de la que algunos denominaron «ciudad hongo.»

La lepra en China. – A consecuencia de investigaciones médicas practicadas en Hong-Kong para conocer el origen de la lepra y el número de habitantes atacados de ella, se han formulado numerosas preguntas á los doctores de la principal institución benéfica de la localidad, el hospital de Tung-Wah, sobre la influencia y el tratamiento del mal en China. De las contestaciones dadas resulta que se conocen ocho variedades de lepra y que el mal es contagioso y hereditario, desapareciendo, según se dice, á las cuatro generaciones. El pueblo le teme tanto que no se permite á ningún leproso permanecer en las cercanías de las habitaciones no contaminadas. Este azote de las antiguas edades es tenido entre el pueblo por incurable y su tratamiento consiste en «llevar la lepra á una parte del cuerpo para salvar el resto.» El hospital de Tung-Wah se niega á admitir leprosos, pero se han votado fondos para transportarles de Hong-Kong á una villa de leprosos situada cerca de Cantón.

(De la *Gazette Geographique*)

Imp. de Montaner y Simón